



- Paulina, celebrando sus 101 años de edad. Una matrona de inigualable reciedumbre cuyos recuerdos suscitan admiración.

PERFIL



» Texto y Fotos: JOSÉ OQUENDO

Esta es la historia de Paulina Zuleta, una abuela centenaria que aún mantiene intacta su memoria. Mediante el recurso del periodismo narrativo, el estudiante de periodismo, José Oquendo, nieto del personaje, muestra sus múltiples facetas.

Paulina, una niña de 101 años

La vejez es un retroceso doloroso hacia la niñez. Acostada en posición fetal sobre una estera percutida con gotas de sangre y con orines rancios, Paulina Francisca Zuleta Amaya se queja de su propia existencia.

— ¡Ay, Dios mío! ¿¡Por qué me castigas!?! — exclama, con una voz que conserva intacta la altivez y la fuerza que le sirvió para que en su casa no se moviera ni una

aguja sin su consentimiento.

Largo y culebrero fue el camino que recorrió hasta convertirse en una abuela centenaria. La vida le planteó su primer gran reto en Santa Marta, a los dos meses de nacida. Eran las 5:30 a.m. de algún día del mes de agosto de 1913. Dolores apuraba a su hija Emperatriz, pues iban con el tiempo justo para llegar antes del inicio de la misa de las 6:00 a.m.

—Ponte las pilas, hija, que es de mal gusto llegar en medio de la misa —le dijo Dolores a Emperatriz, dando tres toques sutiles y pausados con el índice derecho en la puerta del baño envuelto en las penumbras de la madrugada.

Al no escuchar respuesta, Dolores dio media vuelta. “Estos muchachos de ahora no tienen costumbres”, se dijo a sí misma. El chillido de la puerta de madera al abrirse cobró una resonancia espectral en el ámbito dormido del patio sin luz. “Me cambié dentro del baño, madre”, respondió Emperatriz. Todo en ella la hacía parecer una vieja de veinte años: el negro enlutado de su ropa, la blusa de mangas largas abotonada hasta el cuello, la falda a la altura del ombligo, sus medias veladas y el velo fantasmagórico.

Al salir, Emperatriz explayó sus tímidas fosas nasales para renovar el espíritu con la fresca que descendía de las montañas. Caminaba con cautela, asegurándose de que su pierna izquierda marcara el paso, como debían hacerlo las muchachas vírgenes. La vigilancia estricta de Dolores no le impidió deleitar su vista. Vio los rayos del sol que abarcaban gran parte del cielo. Vio las esporas diminutas que emanaban de los gajos de plátano a un lado de la vía del tren. Vio el horizonte recortado por la silueta majestuosa de la Sierra Nevada. Vio ocho goleros que rodeaban una bolsa negra que se movía como si tuviese vida

propia en un basurero a cielo abierto.

Quebrantando su propio orden, corrió tan rápido como se lo permitió el rigor de la ajustada falda. Tomó una pequeña piedra y se la lanzó a los goleros, no para herirlos, pues iba en contravía de su sentido de la vida, sino para ahuyentarlos.

Un llanto rebelde, que se colaba por entre el aleteo de las aves despavoridas, le aceleró el corazón. Dolores alcanzó a su hija. El sonido seco de la campana de la iglesia le sacudió los huesos. “Vamos, que ya es tarde”, le dijo. Al ver a Emperatriz con la vista perdida en la bolsa negra, agregó: “Deja esa vaina allí, porque uno no sabe si sea un duende”.

El llanto subió de nivel y terminó por espantar a los goleros. Era un llanto de autoridad, que no podía provenir sino de una criatura dueña de poderes especiales. Doce curiosos se habían acercado a ver qué pasaba. La certidumbre de que Dios estaba con ella impulsó a Emperatriz a dar tres pasos decididos, a tomar la bolsa y a romperla con cuidado. El primer pedazo que arrancó le mostró unas manitas deseosas de abarcar el mundo; el segundo, unos piecitos de huesos inquietos que removían el aire putrefacto del basurero; y el tercero, una piel de algodón de azúcar cuyo olor le hizo agua la boca.

—¡Es una niña! —gritó Emperatriz, dando saltos de júbilo mientras alzaba a la criaturita, a quien desde ese momento identificó como su hija.

Dolores decidió mostrarse impasible para ocultar que estaba conmovida, tal y como se lo enseñaría años después a su primera nieta. Recibió a la bebecita en la cuna de sus brazos, la reparó con su mirada penetrante y le pidió perdón a Dios por confundir a tan bella criatura con un duende diabólico.

—Ajá, comadre, ¿se va a quedar con la



La noción de felicidad de Mami Pau, acorde a las costumbres de la época que le tocó vivir, estuvo regida por la creencia trasnochada de que las mujeres deben permanecer siempre al lado de los hombres, pase lo que pase”

niña? —preguntó un viejo conocido de Dolores.

—Toda la vida, compadre, si es necesario —respondió, sin un asomo de flaqueza en su voz.

La casa de Paulina Francisca, mi centenaria bisabuela, está ubicada en toda la esquina de la calle 51 con carrera 34, en el barrio Lucero, en Barranquilla; es de un color blanco venido a menos por la suciedad; está erigida sobre un piso alto que la resguarda de la voracidad del arroyo que pasa suelto de madre por allí.

Al entrar a la casa, acompañado de mi abuela Edith —quien es hija de Paulina Francisca— me embarga la sensación de que viajo al pasado. Tras ver a mi bisabuela tan desesperada como quien es atacado por un enjambre de abejas, dando vueltas de ira en la vieja estera ubicada cerca a la ventana de la casa, observo los objetos que componen la sala.

—Aquí hay muchas que son una reliquia —me dice mi tía Emilia María, uno de los

nueve retoños de mi bisabuela Paulina Francisca, mientras busca una medicina.

El comedor de la casa, calcula Emilia María, puede tener unos cuarenta años mal contados. El sofá y la estera de Mami Pau (así le decimos de cariño a mi bisabuela) han ido del timbo al tambo con toda la familia durante tres décadas, más o menos. La alacena de madera agrietada fue adquirida hace sesenta años cuando un vecino remató sus pertenencias para irse a Estados Unidos.

Siento que las cosas desprenden un olor a baúl viejo que hace pesado el ámbito de la casa. Paulina Francisca pregunta, sacudiéndose de su enfado: “¿Quién acaba de llegar?”. Se sienta por sí sola en la estera, y yo me le acerco a su oído para identificarme y para decirle que vine acompañado por su hija Edith.

—Qué bueno que hayas venido —me dice. Tenías ratos sin visitarme.

No pensé que conservara tan bien su histórica capacidad para recordar. Lo que dijo es cierto. La última vez que la vi fue cuando murió mi abuelo Augusto César, siete años atrás. Recuerdo su vestido de luto cerrado, igual al que llevaba Emperatriz el día remoto en que su olor de algodón de azúcar le hizo agua la boca. Nunca había ido a los sepelios de sus yernos, pero ese día se permitió una honrosa excepción. Dijo: “Es que se murió un hijo mío”.

Toda la vida lo llamó San Luis Gonzaga, pues encontró una similitud especial en los ojos esmeraldados de mi abuelo con los del religioso jesuita. Su hija Edith y él llevaban un romance clandestino a mediados de los años 60. Cuando Paulina Francisca conoció la identidad del advenedizo sintió derretirse al instante su rigor de hierro, como una cereza en el paladar. “Ay, mijito”, dijo, “tú sí eres lindo. Tienes los ojos como San Luis Gonzaga”.



● De izquierda a derecha, Rina, hija de Lucila Dolores; Paulina y Lucila de Dolores, hija de mami Pau.

Fue un amor correspondido, recíproco, el de Paulina Francisca con mi abuelo Augusto. En muchas de las incontables temporadas donde en el hogar de ella solo se comía un pan pequeño y un poco de café con leche en todo el día, él se presentaba con bolsas repletas de todo tipo de víveres.

Ese mismo amor llevó a Mami Pau a pasar por alto las faltas que cometió Augusto César contra la honra de su hija. Él, cazador furtivo de mujeres, abandonó a mi abuela muchísimas veces con la esperanza de encontrar un amor efímero que durara toda la vida. La única solución que hallaba Edith era irse a la casa de Mami Pau, con sus cuatro hijos, a aguantar los atropellos más inimaginables.

Mami Pau, entonces, ejercía sobre su hija Edith una vigilancia agobiante que la llevó a establecerle límites de tiempo en sus actividades cotidianas "para que no tenga tiempo de conseguirse otro marido". Un

día, cuando Edith se disponía a llevar a sus cuatro hijos al colegio San José (algo que podía tardar hasta una hora), Mami Pau amasó en su boca toda la saliva que fue capaz y escupió en la arena del inmenso patio de la casa del barrio Chiquinquirá. "¡Cuidadito se seca esa saliva y tú no has llegado!", sentenció de forma autoritaria, con la mano derecha dispuesta a estrellarse en la cara de su hija ante el más mínimo reclamo.

Lo mismo ocurría cuando Edith debía recoger a sus hijos en el colegio o iba a la calle a lavar y planchar ropa ajena para ganarse un poco de comida. El día que Augusto recordaba que tenía una mujer y cuatro hijos abandonados, su suegra lo recibía con los brazos abiertos.

—Mijo lindo, qué bueno que vienes. Te la entrego intacta —decía, refiriéndose a su hija Edith.

La noción de felicidad de Mami Pau, acorde a las costumbres de la época que le tocó vivir, estuvo regida por la creencia trasnochada de que las mujeres deben permanecer siempre al lado de los hombres, pase lo que pase. En aquel tiempo era bien vista, entonces, la que recibiera al marido borracho e irresponsable con un succulento y humeante caldo de gallina; la que fuese capaz de soportar sin reclamos al remedo de padre que solo aparecía para castigar a sus hijos.

También era digna de admiración la mujer que se complaciera en el marido que engendraba recuas de hijos por fuera de su hogar. De igual forma, era plausible que el tipo fuese recibido con bombos y platillos al regresar a su casa luego de un largo periodo de parranda y lujuria: la alcahuetería era una muestra de amor.

En esa orilla estaba ubicada Mami Pau. Siempre tuvo un consejo sabio para sus hijas cuando acudían a ella para quejarse de sus maridos irresponsables: "Piensa en tus hijos y en tu hogar". Desechaba a todos los pretendientes que ellas ponían a su consideración y, cuando alguno lograba superar sus filtros estrictos, por lo general terminaba condenando a sus hijas a la infelicidad con su elección.

Sin embargo, algunas de sus hijas siempre supieron encontrar las grietas por donde podían escabullirse y permitirse un desliz para sacarse de encima las telarañas de la infelicidad con un amor ocasional. En cambio, hubo quienes no se atrevieron a desafiar la autoridad de los hilos invisibles de su poder matriarcal.

Fue el caso de su hijo menor, Jesús Martín, soltero eterno porque ninguna mujer llenó nunca los requisitos de Mami Pau para casarse con el último de la familia. "El que no tiene culo no busca banco", le

oía decir su hijo al confesarle que estaba enamorado de una muchacha.

Sentada en su estera percutida, Paulina Francisca evoca la figura de mi abuelo con una sonrisa de gracia en su rostro, exhibiendo el diente de oro de la prótesis dental que forma parte de su cuerpo hace más de cincuenta años.

Pero parece que al recordar a mi abuelo no puede evitar tropezar con los sufrimientos que su hija Edith padeció al lado del padre de sus cuatros hijos. Quizá por eso adopta un tono y una postura de disculpa.

—Yo siempre quise evitar que mis hijas vivieran lo que yo viví —responde Paulina Francisca ante la pregunta que le hice hace pocos segundos: "¿Por qué permitió que su hija padeciera tanto?"

¿Y qué habrá sido lo que vivió, que determinó su visión sobre el amor de pareja?

El relato que ella refirió en sus mejores años es el siguiente. Era una adolescente de poco más de dieciséis años. Sus rasgos más característicos eran el cabello oscuro como una noche sin estrellas y un hermoso lunar de gitana en el mentón que años más tarde habría de convertírsele en un estorbo para vivir. Había alcanzado ya la que sería su estatura definitiva: ciento cincuenta y cinco centímetros

El rigor con el que fue criada, impuesto por su padre adoptivo, quien era un militar liberal, le imprimió un poco de madurez a su perfil de cenicienta. También la convirtieron en una persona de gestos medidos y pocas palabras. Desde niña la acostaban en una cama de una sola tabla donde apenas era posible dormir en posición fetal y con las piernas cerradas; cualquier movimiento podía significar una fuerte y dolo-

rosa caída. “Así es que deben dormir las mujeres”, le escuchaba decir siempre a su padre.

De acuerdo al régimen castrense que reinaba en su casa, nunca fue al colegio. Sus padres decidieron consagrarla desde niña al oficio de lavar ropa, que por entonces era el pasatiempo permitido para las mujeres que no estaban en edad de casarse. El olor a tiza en las prendas de las niñas que iban a la escuela, y que a ella le tocaba lavar colocándose de pie sobre un banco de madera para alcanzar la batea, le despertaron el interés por aprender.

A todo el que iba a la casa le pedía el favor de que le escribiera una oración corta en la arena inmóvil del patio, la cual intentaba replicar con una rama de árbol en sus ratos libres. Logró así desarrollar una bellísima letra de escribano que impregnaba de romanticismo hasta los documentos más formales.

Era esa su única diversión. Las extenuantes jornadas de lavado le dieron una noción limitada de mundo. El día se le iba dejando impecables los graciosos calzoncillos largos y hediondos, las piezas íntimas de mujer con parches de sangre, las camisas y las blusas con mapas de sudor.

Un día, ella se encontraba con la cabeza gacha y con la mirada fija en la pieza que estaba lavando. Sintió de pronto un extraño cosquilleo en todo el centro de la división de libro abierto de su cabello. Por accidente alzó la vista y se encontró con una mirada de pupilas grandes y expresivas en el patio de la casa de al lado.

La mirada era de un hombre joven, de dieciocho años quizás, de cabellos aindios, porte varonil y decidido, y un bigote finamente pulido sobre la línea de sus labios.

—Mucho gusto, señorita, me llamo Arístides

Pacheco, —dijo el joven al acercarse a la cerca que dividía a las dos casas—. ¿Tendría la amabilidad de decirme su nombre?

—Me llamo Paulina —respondió, fingiendo un ataque de tos para disimular su respiración entrecortada.

Fue el inicio de una serie de asedios, de insinuaciones moderadas, de besos al viento, de corazones dibujados en el aire con los dedos, de guiños atrevidos por parte y parte, que solo faltaba coronar con un apasionado beso.

—¿Qué carajos me está queriendo decir Arístides? —se preguntó Paulina Francisca mentalmente al ver a su enamorado días después, quien le decía sin voz una frase que ella no alcanzaba a descifrar.

Le vio hacer con la mano derecha una señal de espera, y ella volvió a concentrarse en la ropa mojada de la batea y en las miles de burbujitas de jabón que le explotaban en las manos. La voz radiofónica de una figura humana que se colocó detrás de ella le habló al oído: “Me tienes loco de amor, Paulina”, le dijo Arístides. Ella sintió que toda la sangre del cuerpo se le acumuló de pronto en las mejillas. Pensó, muerta de miedo, en una llegada repentina de su mamá, en la furia de su padre en caso de llegar a verla y en los correazos limpios y las cuatro horas arrodillada sobre dos filosas piedrecitas que debería soportar.

La voz radiofónica volvió a hablarle: “Regálame un beso”. Paulina Francisca jamás había besado. Ensayaba a escondidas con la palma de la mano para no avergonzar al hombre con el cual quería casarse. Pero nunca imaginó que su primer beso fuese en esas circunstancias.

Arístides tomó la iniciativa. Deslizó sus labios por el oído derecho de Paulina,



El sosiego que la embarga se refleja en el esplendor de su diente de oro al sonreír. Ella hace pausas, se corrige a sí misma cuando dice una frase que no concuerda con lo que está hablando”

mordió sutilmente el lóbulo desprevenido, cubrió con el vapor de su aliento el cuello de doncella, besó el hermoso lunar de gitana, y al subir encontró el rojo humedecido de unos labios que lo esperaban con profundo deseo desde el día mismo en que sus miradas se besaron por encima de la cerca del patio.

Se besaron como viejos conocidos, con una calma deliciosa que les permitió a ambos explorar los labios del otro y experimentar los bandazos locos que daba la montaña rusa de la pasión furtiva. La ropa empezó a ser un estorbo. No se hubiesen permitido una pausa para recobrar el aliento perdido en los besos si no tropezaban con la leña para cocinar cuando entraron a la casa. “Arístides, esa es una señal de que debemos parar”, dijo Paulina Francisca, en un intento por sofocar las llamas que no quería ver sofocadas. Arístides respondió retomando los besos, avivando con su aliento la hoguera de placer en que se hallaban los dos.

Él se acostó sobre el cuerpo de Paulina Francisca sin dejar de besarla. Se quitó toda la ropa, excepto los calzoncillos, que a ella le pareció haberlos lavado antes. Se disponía a quitarle el vestido, pero ella

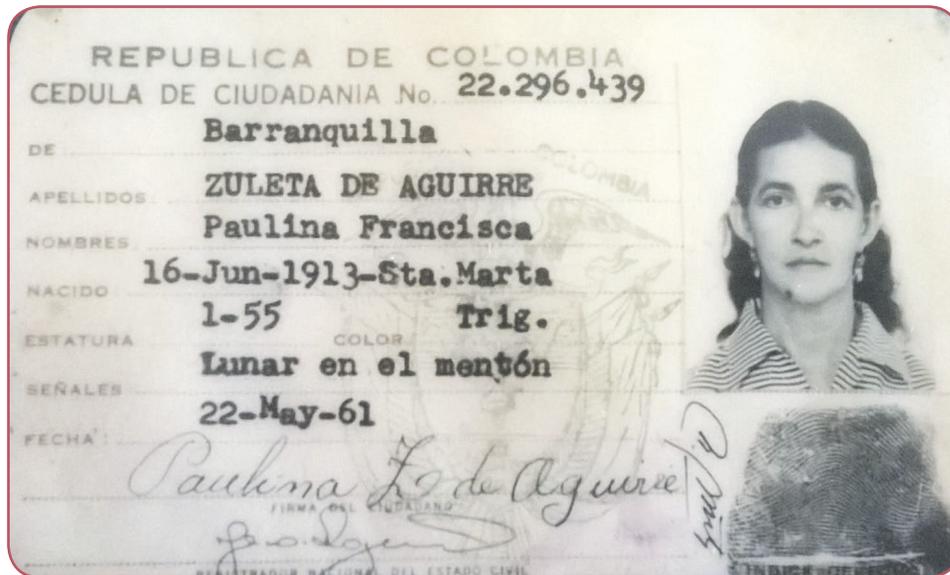
lo detuvo en seco, poniéndose de pie. “Yo solita me lo quito”, dijo. Arístides quedó perplejo ante el relieve de los senos en el cuerpo de mujer, ante la piel reciente, ante el matorral del pubis. Paulina se volvió a acostar.

—Ahora me toca a mí —susurró Arístides.

Se puso de pie y dejó al descubierto un vástago en pie de lucha que hizo que Paulina se preguntara qué carajos iba a hacer. Resolvió seguir acostada, esperar a que fuera embestida en su virginidad. Pero Arístides, que ya había hecho el amor una veintena de veces, consideraba la penetración como un fin, no como un medio, y pensaba que eran más valiosos y placenteros los entremeses del amor.

Decidió explorarla, agotar su olor y su sabor. Recorrió con la punta húmeda de su lengua los pequeños senos, las costillas sobresaltadas, el ombligo alargado y el camino de diminutos vellos que conducía hasta la gloria. Paulina hizo una petición con el último aliento, retorciéndose de placer: “Solo te pido que no me duela”. Arístides, a punto de derramarse, respondió con agudeza: “Tranquila, que solo es la puntica”.

Sus palabras salen de a poco, envueltas en su aliento acre, entrecortadas por reposos que le permiten tomar un poco de aire. Mami Pau adivina mi ubicación guiándose por la corriente de aire que expulsó al hablarle cerca. Le pregunto qué vino después del nacimiento de su primer hijo, Darío, el 4 de enero de 1930, nueve meses después del día en que emprendió un viaje sin regreso hacia la adultez. No me responde. Aparta la mirada, apela al mutismo, como un niño que se avergüenza de ser sorprendido en falta.



Insisto una, dos veces más, pero es inútil: se quedó dormida sentada. El menor de sus hijos, Jesús Martín Aguirre, frustrado profesor de ciencias sociales y futbolista, la acuesta en la estera con supremo cuidado luego de recorrer la sala con ella. Es él quien me dice que Mami Pau enviudó a los veinte años de edad, aproximadamente, cuando Arístides murió tuberculoso en alguna zona remota del municipio de Suan, en el departamento del Atlántico, de donde era oriundo.

La tragedia llegó a su vida igual que el amor: de pronto. No había asimilado muy bien su viudez cuando le tocó enfrentar la muerte de su hija, quien sin cumplir su primer año se partió la vida al caerse de una hamaca. ¿Y qué le tocó hacer?

—Mi mamá —explica Jesús Martín— siguió lavando ropa y viviendo con mi abuela Emperatriz para mantener a Darío.

Así fue. Asumió como un designio de Dios los avatares de su destino, tal y como lo hizo sin saberlo el día en que su madre adoptiva le pidió perdón al Todopoderoso por confundir a la bebecita del basurero con un duende.

Sin embargo, luego de sufrir esos dos

sucesos fatales, no puedo evitar nunca el hecho de asociar en su mente el amor con la tragedia. A raíz de esos incidentes supo que las mariposas cobraban con creces las cosquillas en el estómago. En ese instante repasó su pasado y descubrió que el dolor de su primera vez era ya el preludio de una vida amorosa llena de tormentos de los cuales no hizo muchos esfuerzos por eludir.

Su instinto maternal la llevaría años después a querer evitar por todos los medios que la vida amorosa de sus hijas fuese un calco de la de ella. Así que decidió buscarles siempre los mejores pretendientes, aquellos que fuesen capaces de ofrecerles a sus hijas estabilidad y buena vida.

Después de enviudar no pasó mucho tiempo para que recibiera propuestas serias de matrimonio. Desechó cartas interminables de amor que escribían pretendientes desesperados por conquistarla. Hasta el día que un niño del barrio se presentó a su casa con una bolsa llena de plátanos verdes. Con una sonrisa de picardía, apuntó con el dedo hacia la persona que había enviado el regalo.

Era moreno, de rasgos finos, y tenía una piel firme y brillante. Se llamaba Joaquín

Emilio Aguirre Castrillón, nacido el 20 de julio de 1912 en Santa Rosa de Osos, Antioquia. Había llegado a Santa Marta huyendo de su trágico pasado y con el alma llena de ilusión tras haberse graduado como operario de locomotoras.

A partir del primer regalo, procedió siempre con cautela, planeando con mente fría el próximo paso. No obstante, siempre encontró el silencio como respuesta. Ella recibía las cosas que él le enviaba, pero no daba ni las gracias. Al contrario, la esquiva doncella no perdía oportunidad para dejarle bien claro con su lenguaje corporal que ella era una mujer difícil.

Joaquín supo leer la actitud de la mujer con quien quería casarse. Interpretó que detrás de las murallas de orgullo había un rostro sonrojado por los bultos de ñame, papa y plátano que él le regalaba. Llegó a la conclusión de que la paralizaba el miedo, y eso lo alegró mucho, porque para él era uno de los primeros síntomas del amor verdadero.

Sabía que sus posibilidades aumentaban en tanto supiera transmitirle seguridad. Así que resolvió el asunto de una manera arriesgada pero heroica:

—Vamos a vivir juntos— le propuso a Paulina.

Era la primera vez que hablaban. Ella, impulsada por él, se jugó la vida en una sola carta:

—Está bien, pero solo si acepta a mi hijo.

Con la convivencia diaria, Paulina supo que la docilidad de Joaquín le permitiría llevar las riendas del hogar y decidir todo, hasta la cantidad de comida que se cocinaba. En cuanto al arroz, por ejemplo, echaba un puñado en la olla por cada comensal. Luego de examinar con rigurosidad, concluía que era un despilfarro. “No

todo puede irse al cagadero”, decía, y retiraba la cantidad que creía conveniente.

A Joaquín le parecía risible esa actitud de su mujer. Lo tomó como una consecuencia directa del humor impredecible de las mujeres embarazadas: Paulina estaba encinta. Pero la verdad es que tendría que lidiar toda la vida con ese modo de ser.

Al estar preocupado por demostrarle que cada día la amaba más, cedió sin saberlo el rumbo de su destino. Encontró alivio amoldándose a los gestos medidos de ella, a sus elogios cortos y a sus diatribas interminables, hasta sentir que el rechazo de ella le hacía falta para vivir.

Pero ni el bálsamo del amor era tan fuerte como para atajar al fantasma que traía desde Santa Rosa de Osos. Joaquín Emilio padeció desórdenes mentales desde que vio morir a su madre producto de una brutal golpiza. En ocasiones, harto de los desprecios de su mujer, él reaccionaba como un toro que sale al ruedo dispuesto a llevarse por delante todo lo que encuentre en su camino.

Sólo se le veía así en situaciones extremas. Normalmente, su actitud era apacible y cordial, como buen antioqueño. Disfrutaba escuchando boleros y tangos en el traspatio de la casa, con un termo de café cerrero siempre a la mano y una cajetilla de cigarrillos Piel Roja en el bolsillo. Quizá por eso fue que nadie se extrañó cuando lo vieron batir cuarenta huevos en una cacerola grande para luego echarlos en un hueco que él mismo hizo en el patio.

—No me jodan, que voy a sembrar esos huevos para que crezca un árbol de gallinas.

Tampoco a nadie le causó extrañeza la sugerencia que le hizo a su hijo Jesús Martín para evitar contagiarse con alguna enfermedad venérea en sus inicios de caza-

dor furtivo: “Exprímale una tapa de limón en la cuca, mijito”.

Salvo esos episodios, Joaquín Emilio era una persona común y corriente. Desempeñó siempre bien su trabajo. Le escribió de su puño y letra una carta al presidente Belisario Betancur solicitándole que le aprobara a su hijo Jesús Martín un crédito para estudiar en una universidad. También tramitó personalmente su pensión como trabajador de los Ferrocarriles Nacionales de Colombia, empresa en la que laboró más de treinta años.

Y más de treinta años también, aproximadamente, es el tiempo que Mami Pau lleva viviendo de la pensión que logró conseguir Joaquín Emilio.

Las dos ancianas dialogan como viejas amigas. Hablan de un pasado tan distante que parece inverosímil, pero que para ambas es como el viaje de regreso a la juventud que hace rato perdieron. El tono de sus voces es tan alto o tan bajo según el tema que estén tratando, y hasta palmaditas de comadre se permiten cuando la situación lo amerita.

El cuadro lo protagonizan Mami Pau y su hija mayor, Lucila Dolores. Se encuentran en el primer cuarto de la casa de la centenaria madre, alumbrado por un foco triste que expulsa sus últimas luces. La brisa de noviembre estremece hojas de árboles y adornos anacrónicos, y remueve el aire estancando de la habitación.

Mami Pau está sentada en su vieja estera; Lucila, en una silla plástica. “Parecen un par de hermanas”, se dice René, el segundo de los nueve hijos de Lucila Dolores, quien las observa en silencio desde la puerta del cuarto. Había ido hasta allí a supervisarlas, pues le pareció muy extraño no sentir desde el patio las voces de madre

y su abuela. No alcanzaba a escuchar el tema que trataban. Sí fue capaz de notar, en cambio, que la conversación transcurría con ademanes serios por parte de ambas.

El contemplarlas a ambas en estado natural, canosas y arrugadas pero entretenidas en la plática, le pareció enternecedor. Así que da dos pasos hacia su derecha y se encamina hacia el patio donde estaban sus tíos Jesús Martín, Marta y Emilia María, a compartirles su emoción. De pronto, escucha el sollozo inconfundible de su madre. René se devuelve, ingresa a la habitación y encuentra el rostro de Lucila Dolores perlado por las lágrimas. Antes de preguntar qué pasa, su abuela le dijo a manera de comentario el motivo por el cual lloraba Lucila Dolores:

—Rina es la diferente entre los hijos de Lucila, ella no es hija de Enrique—, dice Mami Pau, sin un asomo de flaqueza en su voz dictatorial.

El primer impulso de René fue tomar ese comentario como otra evidencia de que la lucidez que tanto había caracterizado a Mami Pau estaba empezando a desvanecerse. Le resta importancia al asunto, trata de consolar a su madre; su abuela lo deja en estado de postración con otra afirmación.

—Caballerito, para usted también hay —dice Mami Pau, con el índice derecho levantado—: usted tampoco es hijo de Enrique Escobar.

La verdad es que siempre en la familia se ha escuchado el rumor de que René y Rina no son hijos de Enrique Escobar, esposo de toda la vida de Lucila Dolores, sino de amores fugaces propios de la juventud. Sin embargo, nunca nadie se atrevió a hacer cuestionamientos ni en público ni en privado. Con el silencio de todos los que podrían desmentir o corroborar esa afir-



- Paulina es atendida amorosamente por su hija Edith Aguirre, quien sabe que comparte con una madre privilegiada.

mación, Lucila Dolores no imaginó jamás que su propia madre ahondaría, casi a los ciento dos años de edad, en esa situación incómoda.

Lucila Dolores reacciona en caliente, le da un manotazo leve a su madre en las piernas, ahogándose con su propio llanto. René, impasible, le hace a Mami Pau unas preguntas de rigor y comprueba con asombro que su abuela está en sus cabales, con sus seis sentidos intactos y con pleno dominio de sus actuaciones.

Más allá de la polvareda que levantó esa situación, lo que verdaderamente me sorprende es comprobar que, como tantas cosas de la familia, la famosa lucidez de Mami Pau no es producto de la fantasía. Infinitades de veces he escuchado que, luego de cumplir los cien años, recita de memoria el nombre completo y las fechas de cumpleaños de los nietos y bisnietos más allegados a ella. Recuerda siempre la hora exacta en que debe tomar sus medi-

camentos aun cuando ya no puede ver un reloj, y hasta hace pocos años era usual verla con las llaves del cofre donde guarda el dinero amarradas con un lazo morado a su bíceps derecho.

Hace poco más de un año, cuando pude grabar un diálogo que sostuve con ella, quedé perplejo al ver que cantaba con gran precisión la canción 'Tango negro', luego de confesarme que nada en el mundo la hacía más feliz que la compañía de sus seres queridos.

Esa Mami Pau dueña de su ámbito y de sus acciones intento compararla con la que encontré a finales de enero de 2015, cuando fui a visitarla por última vez. La anciana que encontré era la antítesis de aquella señora apacible y lúcida que yo había conocido.

De entrada, a través de la ventanita de madera tantas veces pintada, divisó a una anciana que le reclama a Dios el porqué de los tormentos que padece. Luego, se re-

vuelca con fuerza sobre la estera, salpicándola con las gotas de sangre que provienen de lo que había sido un bello lunar de gitana, y que ahora es un pequeño tumor.

Mi tía Emilia María actúa como si estuviese acostumbrada a esta clase de hechos. Recuerda que es hora de que Mami Pau tome su pastilla diaria para controlarle la presión sanguínea. Camina lento, sobrellevando el peso de su increíble joroba de dromedario, mientras me explica cómo llegaron a la casa las tantas "reliquias" que adornan la sala. Llega a la cocina, agarra la caja de las pastillas y una pequeña taza con agua. Luego, se dirige hacia donde su madre, le acerca la medicina y el agua, pero Mami Pau la aparta con la mano.

En un instante de lucidez, pronuncia el nombre de mi tío Jesús Martín, quien sale de su cuarto sin camisa y con un pantalón de lino negro, y con el cabello despeinado que crece sin control en los aladares y que escasea en el centro de la cabeza. "Ella es como una bebé muy consentida", dice, con una luz de ternura en sus ojos. Le lee Los Salmos y logra tranquilizarla. Nos explica a mi abuela Edith y a mí que va a hacer que Mami Pau se canse para que se quede dormida. Entonces, la levanta de la estera, la toma de las caderas y empieza a caminar con ella por la sala de su casa.

Mami Pau le sigue el paso hasta donde puede, trastrabillando algunas veces, hasta que Jesús Martín calcula que está agotada, y la acuesta de nuevo en su estera. Sin embargo, no puede permitirse una siesta sin saber quién acaba de llegar a su casa. Entonces, me identifico y empiezo a dialogar con ella. La noto más reposada, más dueña de sí misma. Compruebo que son ciertos mis pálpitos cuando me dice que hacía mucho tiempo no la visitaba.

En otros tiempos no muy lejanos, Mami

Pau hubiese sido capaz de decirme cuántos días transcurrieron desde mi última visita. En esta ocasión la siento tantear el terreno, segura de que, en efecto, hace años que no la visitaba, pero la fecha exacta del último día que pisé el suelo de su casa escapa a sus fuerzas.

Aprovecho el rayo de lucidez para preguntarle sobre mi abuelo, quizá una de las personas que ella más amó en la vida. Tanto, que en honor a su memoria ayunó ocho días completos. Asegura que lo ha visto en su casa, vestido con sombrero y saco blanco, leyendo el periódico en la mesa, lo cual la hace sentir contenta porque es una señal inequívoca de que Augusto César se encuentra bien.

El sosiego que la embarga se refleja en el esplendor de su diente de oro al sonreír. Ella hace pausas, se corrige a sí misma cuando dice una frase que no concuerda con lo que está hablando. Encadena el tema de mi abuelo con el de sus hijas, y hasta se sorprende de que todas estén pasando por la ancianidad, que las distancias entre madre e hijas se hayan acortado al final:

—Mijito, ya todas estamos viejas.

El deseo de que todas sus hijas fueran felices la llevó a desear vivir la vida de cada una de ellas, para así asegurarse de que todo les marchara a la perfección. Pero esa sobreprotección, típica de toda madre con corazón, creó en sus hijas una incapacidad para asumir las riendas de sus propios destinos, por lo cual nunca ninguna tomó una decisión trascendental sin la aprobación de Mami Pau.

En el tema amoroso, por ejemplo, pese a que todas las que habían formado hogares padecían las irresponsabilidades de sus maridos, ninguna tuvo la iniciativa de claudicar. El temor no era tanto por lo que pen-

saran los hijos, ni mucho menos por lo que comentara la gente, sino porque se trataría de toda una afrenta contra Mami Pau.

De pronto sus palabras no salen con la misma fluidez. Bosteza con frecuencia y se rinde ante el peso de su ancianidad justo cuando le pregunto, qué fue de su vida después que nació Darío Pacheco, su primer hijo.

Jesús Martín la acuesta, le coloca la almohada sobre la cabeza. Luego, da dos pasos hacia atrás para abarcar a su madre por completo y detectar que no haya ningún riesgo de que el sueño de ella se altere. Sin embargo, Mami Pau despierta de repente y pide a gritos que le traigan a sus hijas, carajo, que lleva días sin comer. Se da vuelta con desespero y fuerza, coloca su cabeza en los piceros de la estera, se sienta, se quita la bata por sus propios medios y exige que le rasquen la espalda.

Mi abuela Edith, entre aturdida y enojada, corre a rascarle la joroba a su madre. Mami Pau pide que la froten con una rama de árbol que Emilia María encontró en la calle. "Más abajo, más arriba, a la izquierda, a la derecha, sube un poquito más, allí no, estás cerca", Mami Pau indica con despotismo el sitio donde siente cosquillas. Al sentir aburrimiento, grita y se da un golpe en la rodilla por cada sílaba que pronuncia. "¡Así no! ¡Rásquenme la espalda!".

Emilia María le frota la espalda con la rama, pero no consigue tranquilizar a Mami Pau. Ahora insiste en seguir dando vueltas, en sentarse en la orilla de la estera pegada a la pared y dejarse caer con fuerza. Sus movimientos parecen suicidas.

Ante la probabilidad de una caída o de un fuerte golpe, mi tío Jesús Martín decide colocar junto a la estera un viejo sofá. Mami Pau cuenta ahora con más espacio para sus pataletas, pero al menos no hay

riesgo de que sufra un accidente. Sigue revolcándose, gritando. Las personas que transitan por la calle no evitan asomarse a la puerta de la casa y preguntar qué pasa.

Pero Emilia María y Jesús Martín manejan la situación con total tranquilidad. Es más: se ríen con alegría. "Ya ella es una niñita, hay que tolerarla hasta que Dios la llame", comenta mi tío Jesús Martín, y agrega que casi nunca puede dormir más de dos horas diarias, pues a cualquier hora Mami Pau alborota el día con sus pataletas seniles.

Mi tía Emilia María, tratando de rescatar el aire que se le fue con las carcajadas, afirma que poco antes que yo llegara con mi abuela, Mami Pau se había orinado el piso "por pura grosería". Cuenta que la semana pasada mi bisabuela se metió la sábanas y las almohadas entre las piernas, y las mojó con su orina. De modo que no es nada extraño para ella tener que limpiar el piso porque a Mami Pau le provocó orinarse. Sin embargo, reflexiona y no le achaca el comportamiento de su madre a los estragos de la vejez, ni siquiera a un acto grosero, sino a algo mucho más de fondo que solo puede entenderse cuando se llega la etapa de la vida que está atravesando Mami Pau.

—Hay que entenderla; así es la niña Pau.

José Oquendo cursa décimo semestre del programa de Comunicación Social-Periodismo de la Universidad Autónoma del Caribe. Trabajó dos años en Informadores deportivos de emisoras ABC y luego se desempeñó como redactor del diario El Heraldo.